

## *Mi niña*

Acaricia con mesura su cabello, teñido de plata. El brillo de la juventud le fue esquivo abandonando la pátina cobriza que lo cubrió en otros tiempos, aunque ella pese a eso lo acaricia como si fuera la primera vez. Es una sensación contradictoria y aprendida por la monótona cotidianidad del momento vivido en otra época, en otro tiempo y en otro lugar. La historia se repite y como un tornillo sin fin, al final nos alcanza de nuevo, sin dejar espacio para la vida.

Está cansada pero se obliga a recordar y el instinto de supervivencia, oculto en un recoveco de lo más profundo de su ser, le aconseja hacerlo. Navega entre mares de imágenes contrapuestas y bajo una luz opaca que no la deja ver con claridad. Navega de regreso al puerto que un día, hace ya mucho tiempo la vio partir hacia alta mar.

Ángela vive sola en un piso de la Plaza Santa Teresa, próximo a la Florida. Es un lugar con encanto donde la unión entre la arquitectura y la propia naturaleza, cobra su mayor esplendor a la par que su mayor decadencia, siendo ambos vestigios de un pasado que le recuerdan lo efímero de la vida. Una vida que se ha mantenido impertérrita por más tiempo del que ella hubiera deseado.

La sobriedad de la casa invita a huir de ella. No con una huida rápida ni precipitada, sino todo lo contrario: a escapar de aquel lugar acompasando los pasos con el latido imperturbable del transcurrir del tiempo. Un tiempo forjado de sueños rotos, en retales de incompreensión y dolor al mismo tiempo que se aúnan para equilibrar la balanza de la desilusión y la querencia por la tierra.

Ángela mece su cuerpo, sincronizando el vaivén de la mecedora con el crujido de las humedecidas maderas del suelo. Piensa en la quietud del momento mientras aguarda a que le llegue su hora. Sus pensamientos viajan de la misma manera que los años de su juventud volaron: rápidos y cubiertos de una bruma que los aisló del resto. Las manos, descarnadas y atrofiadas por la humedad se anudan cómplices, como si quisieran permanecer por siempre unidas y sumidas en un suave sueño.

El olor a potaje coloniza la vieja casa y, pese a todo, dota al humilde hogar de cierta ternura que recuerda épocas pasadas, labradas en tierra y

barbecho, campo y semilla, dolor y aliento. La sombra imperturbable del pasado anda anclada en la memoria de Ángela y de vez en cuando, hace que reine la confusión en su mundo de anciana.

Recuerda a padre, marchando al campo antes del alba y como madre, preparaba el zurrón con la comida del día. Jesús su hermano mayor, tan joven y tan guapo, cargaba los aperos en Luna, la mula parda. Los tres se adentraban en tierras donde reinaba la oscuridad y que sin duda los primeros rayos atemperarían, relegando las sombras al letargo del día. Ella por el contrario permanecía en la cama y se hacía la dormida cuando sentía la mirada de su amada madre, que pese a la dureza de aquella vida mantenía unida a una familia con el único sustento que aporta la tierra. Eran agricultores y trabajaban unas hectáreas próximas al santuario de Santa Casilda.

Las sombras siluetean las formas y las claras dan paso al ocaso del día, donde como hace ya tanto tiempo Ángela se dispone a seguir soñando, esta vez dormida. Y como todas las mañanas Teresa, la encuentra frente a la ventana del gran salón. Tiene un aire colonial, sin que los cambios del exterior hayan hecho mella en su imagen inquebrantable. Se siente viejo y antiguo, con un olor que no enmascara el paso de los años. Desprende un halo de cierta putrefacción asimilada por la complacencia del momento y de la situación que sobrevive en su interior. Allí dentro, se pueden vivir mil vidas y se sentiría cual efímero suspiro de eternidad imperecedera.

–Buenos días Ángela ¿durmió bien? –preguntó.

Y como cientos de veces anteriores a esa pregunta, no obtuvo respuesta.

–Hoy la veo de mejor humor, eso es que ha descansado usted bien –dijo de nuevo.

Pero sus facciones, no delataban gesto alguno que hiciera pensar que se encontrase en esa habitación. Ángela mantenía rumbo firme en la tempestad en la que se había tornado su pensamiento, donde los recuerdos sacudían el anquilosado velamen hecho jirones, merced a vientos de semblante impávido y exorbitantes imágenes de épocas pasadas que se convertían en enormes olas golpeando la cubierta del viejo velero, escorándolo a estribor con tanta violencia que sentía naufragar el anhelo del recuerdo.

–Ha escrito su hija –susurró junto a su mejilla tras darla un beso.

–¿Mi niña? –respondió de manera mecanizada la anciana, sin atisbo de emoción.

–Sí, su hija, ¿quiere que lea la carta? –inquirió buscando un gesto, una reacción, incluso un sentimiento diferente tras tantas y tantas veces haciendo la misma pregunta.

–¡Sí!

Teresa, sin prestar atención tomó una pequeña bolsa que se acomodaba en el estante superior de un labrado mueble, en madera de nogal. Era enorme, ocupando toda la pared norte del salón. Todo lo que habitaba en esa casa y especialmente en esa estancia era añejo y con el paso de los años tatuado en sus formas. Del interior de la bolsa extrajo un tensiómetro y se aplicó en colocárselo en el brazo izquierdo. Se perdía en la monotonía del momento vivido centenares de veces y sin prestar atención al detalle, no cayó en la cuenta de que Ángela la miraba fijamente quedando a la espera.

Finalmente habló.

–Léeme la carta de mi hija.

Teresa, se sorprendió a sí misma anotando en su pequeña libreta el resultado de la prueba. La cotidianidad del gesto le irritó sobremanera, generándose una disyuntiva en el recuerdo del momento vivido. No sabía si había pasado de verdad o si lo había soñado, enfadándose consigo misma por no estar atenta al detalle. Esperaba con tanta ansia una señal que la hiciera volver del mundo en el que Ángela se había empeñado vivir, que no escuchó su voz. Una voz diferente en la que se podían apreciar sutiles cambios, describiendo un dulce dibujo que transmitía el calor del pasado, aderezado con una dulce sonrisa en sus labios.

Por un instante no supo qué decir. Simplemente le miraba a los ojos y se deleitaba en ellos. Tenía una mirada especial, ahora llena de vida. Sus ojos habían recobrado el brillo perdido por el irreparable paso del tiempo, sintiéndoles resurgir de nuevo. Miró en torno y no vio nada que la pudiera ayudar. Esta vez, como tantas otras, se había inventado la historia de la carta esperando sin demasiada fortuna que la anciana respondiera. Pero lo hizo y esperaba impaciente.

–Hola mamá te escribo desde Burgos. Al final he conseguido la plaza de intensivista que tanto tiempo llevo buscando. No ha sido fácil pero ya me conoces, soy una luchadora igual que tú. Cuando pueda hago las maletas y voy a verte. Sabes que me muero por volver a casa e ir las dos juntas a llevar unas flores a nuestra patrona, Santa Casilda. Un beso de tu hija que tanto te quiere –interpretó Teresa, simulando leer un prospecto que había sacado de su bolso.

–¡Mi niña! Sabes guapa, es médico y de las mejores. Siempre le ha gustado ayudar a los demás. De pequeña sentía algo especial por los desvalidos y por las personas enfermas ¿sabes de lo que te hablo, no? –dijo la anciana.

Teresa aún tenía los ojos humedecidos por las lágrimas que los habían colonizado. Un pañuelo se retorció entre sus dedos, guardando entre su textura las peregrinas lágrimas derramadas. Un hilo de voz se escapó de su garganta y un susurro aleteó simulando una golondrina al vuelo.

–¡Su hija!... ¿Podría hablarme más sobre ella?

–No quisiera aburrirte, es tanto y tan bueno lo que podría contarte –respondió Ángela.

–No... esto ya está... tengo tiempo, todo el tiempo del mundo ¿podría hablarme de su hija?

Durante un efímero momento, el brillo de su mirada comenzó a tornarse lentamente opaco, extinguiéndose la chispa que lo había encendido. Las facciones de su rostro se volvían a embarcar en el viejo velero del pensamiento perdido y los labios escondían la sonrisa que los vio florecer por última vez.

–¡Ángela! –gritó Teresa, pero no obtuvo respuesta.

Se entristeció un momento y se sintió agotada, como si todo el peso del mundo recayera ahora sobre ella. Tomó entonces con torpeza una silla y se sentó junto a la anciana.

Ángela padecía Alzheimer desde hacía una década. Fue una mujer fuerte y decidida, libre en su pensamiento y en sus actos. Había vivido malas épocas y la dureza de la vida nunca consiguió doblegarla; al contrario, con cada golpe que recibía ella se hacía más fuerte. Pero esa fuerza la fue abandonando poco a poco, desde que su marido murió. Era el pilar que

sustentaba todo su mundo, afianzado y sustentado por su otro amor... el de su hermosa hija.

Como una casa en la que sus cimientos se descomponen y se hunde irremediabilmente en el fango de la incomprensión, su pensamiento quedó anclado en aquella vieja casa y se dejó arrastrar al fondo. Su cuerpo siguió el camino trazado por la vida, pero su mente se embarcó en un viaje sin regreso, del que de vez en cuando se dejaba fondear en aguas poco profundas y pisaba nuevamente tierra, regresando a la realidad...

Las nubes teñían sus formas de púrpuras y dorados, silueteando con cierto disimulo las techumbres de las casas. La mezcla de claros y oscuros entre las tejas, perfilaba el ocaso de un día que había despertado con otra tonalidad más esperanzadora. La oscuridad colonizaba cada rincón que quedaba a la umbría y transmitía la friura que se esconde en las sombras. Se imponía la noche, de la misma forma que se aceptaba la simplicidad de la cotidianidad forzada por la pandemia.

Teresa permanecía sentada junto a la anciana, observando juntas el mismo escenario. Una línea remarcada en el horizonte sobresalía despuntando una franja de luz queda. La balconada de madera, con desconchones en la pintura que se empeñaban en disfrazarla de una blancura inusitada, acogía a las dos mujeres. Sentadas una junto a la otra. Juntas pero sin llegar a encontrarse, observaban la agonía de un sol impetuoso al que las sombras no daban tregua, mientras eran observadas igualmente por el mismísimo Astro Rey. Y en esa retroalimentación de imaginarias miradas, se reflejan dos almas distintas. Una navega en su mundo perdido, dentro del mar embravecido del recuerdo imperecedero; la otra no puede mantener el rumbo de su vida, escapándose su último aliento como la fina arena del desierto por entre sus dedos.

El sol mientras sucumbe y se perfila por el abismo de la noche, espera su momento y observa. Siente empatía por la anciana, en la que se ve reflejado por el sutil desenlace del final de su vida –el ocaso del día–. En Teresa no percibe la misma sensación. Ve una mujer marcada por el momento que le ha tocado vivir. Sus manos agarrotadas, se retuercen describiendo singulares curvaturas; su pétreo rostro marca a cincel grandes surcos, que lo atraviesan

en carnes vivas por sus hendiduras; el pelo tirante y asfixiado por una goma que lo coletea en un mustio barullo capilar, deja escapar con alaridos desesperados la magia que desprendió en otro tiempo, cuando era joven y recorría las calles de su amada Briviesca.

Medita intranquila, sin dejar de sentir esa presión que la asfixia por momentos. Ya termina el día y con él se va la esperanza de la reconciliación con la raza humana. Los sentimientos se anteponen a las circunstancias y no dejan espacio a la excusas.

–Si no nos mata el virus... nos extinguimos por estúpidos –dijo al fin Teresa, mientras tomaba verticalidad.

Un fuerte dolor en la espalda, súbito y al que no se le esperaba, hizo que volviera a tomar asiento junto a la anciana, que otra vez volvía a mirarla.

–¿Qué tal te fue en el trabajo, mi niña? –preguntó Ángela.

Teresa aprovechó el momento y no pensó si la mujer con ojos pardos, dulces y delicados, había regresado o seguía ausente; simplemente se dejó llevar por ese halo de luz constreñido en la lontananza y que se empequeñecía irremediablemente.

–Hoy he perdido dos pacientes sin que pudiéramos hacer nada y tres han salido de la UCI que hemos improvisado en el centro de salud. Durante toda la mañana hemos enviado al hospital de Burgos ya no sé cuántas ambulancias. Dos compañeras han dado positivo en el bicho y están aisladas en sus casas, y mañana me hacen la PCR de nuevo. Estoy cansada y asqueada, no puedo respirar en esa burbuja en la que me tengo que meter todos los días y las jornadas se hacen eternas. A este ritmo no llego a tu edad y para rematar el día, se me ha quedado fría la cena –dijo mientras esbozaba una sonrisa irónica y acariciaba la mano de Ángela.

– ¿Te he hablado alguna vez de mi hija?

–Sí, muchas veces –respondió con tono melancólico.

–Ella siempre quiso ser médico, así como tú, pero la vida no se lo puso fácil. Compaginaba su trabajo de camarera en el bar Boulevard, con sus estudios de medicina. Viajaba todas las semanas a la facultad y regresaba el viernes por la tarde. Aquello fue lo más duro e hizo mella en ella. Los años pasaron y lentamente su sueño se fue apagando, extinguiéndose la llama bajo el peso de las deudas y las responsabilidades que su padre nos dejó al morir.

Pero nunca se rindió. En eso no os parecéis en nada. Mi hija siempre luchó para salir adelante, siempre miró al destino con la mirada firme y no se doblegó ante el futuro que se empeñaba en hacerla vivir de rodillas... es una mujer fuerte y libre. Jamás hubiera dicho lo que he escuchado de tus labios –dijo tomando su voz una improvisada fuerza.

–Tal vez tengas razón, no voy a discutir contigo. Tal vez debo mirar en mi interior y sacar de nuevo esa fuerza que me hizo soñar con ser lo que soy hoy en día. Tal vez debo mirar en mi interior y rescatar la confianza perdida en las personas. Y tal vez, solo tal vez haciendo eso, pueda recobrar el aliento que ahora siento ahogado y sometido por un virus que está asolando todo mi mundo.

Tras esas palabras se impuso el silencio y la oscuridad las sorprendió con el brillo en los ojos de los haces de luna, en nácar con reminiscencias en plata.

Finalmente y desde que el mundo es mundo, el día dio paso a la noche y la noche en su cíclico caminar por la vida, tornó nuevamente a las claras del alba. Un nuevo horizonte se abría frente a unos ojos que miraban al mundo de otra manera. Aún retumbaban en su cabeza las palabras dichas por su anciana madre. Se emociona al recordarlas con esa garra, con tanta fuerza, con una increíble admiración hacia su hija. Sentía un orgullo indescriptible, solo comparable al amor que ella sentía por su madre.

Teresa se levantó pronto –como solía– solo que esta vez había dormido de un tirón. Descubría con sorpresa que el dolor que sentía todos los días al despertar por todo su cuerpo, estaba desterrado de aquellos amaneceres que le precedieron. Ante el espejo lavó su cara y una sonrisa se escapó entre sus dedos, seguida de una mirada sensual que atenuaba su belleza natural. Se sentía más mujer, más fuerte, más ella.

El camino hacia el centro de salud lo hizo a pie. No tenía prisa por llegar y tampoco quería dejar pasar la oportunidad de vivir el instante en su plenitud. Respiraba el aire que se filtraba a través de la mascarilla, pero esta vez no le asfixiaba la sensación de ahogo a la que se había visto obligada a vivir hasta ese día. Observaba el paisaje urbano, las pintadas en las paredes, los contenedores de basura...

Dejó atrás su casa, donde aún dormía Ángela y atravesó el parque la Florida por donde continuó por la calle Juan I de Castilla, giró en Juan de Ayolas y tomó la diestra por Duque de Frías. Esa estrecha, alargada y empedrada calle le llevaría directo a su destino, pero quiso esta vez pasar por su antiguo colegio, por lo que viró a derecha y nuevamente a izquierda hasta la calle Maestros. Allí se detuvo y observó los curiosos ventanales en formas de esfera y los recuerdos volvieron a rescatar una leve sonrisa. Un sinfín de buenos momentos vividos en el colegio Juan Abascal, se entremezclaban en su cabeza, cerró los ojos por un instante y sin mirar atrás continuó la marcha.

El ritual de aislamiento en el Centro de Salud de una de las ciudades más grandes y prosperas del norte de la provincia de Burgos –Briviesca– se había vuelto tedioso, pero en aquel instante lo vivió con cierta inquietud. Algo bueno le depararía el día, eso describían sus actos y sus pensamientos. Y con esa actitud abordó la jornada, insuflando energía y positivismo a su alrededor. Haciendo lo que más quería: cuidar personas, independientemente de los planes que el destino tuviera destinado para ellas.

Dejando atrás las puertas inteligentes, de esas que se abren al sentir la presencia de una persona y tras luchar contra el terrible virus durante toda la jornada, no acaba aquí el día para Teresa. Se dispone a terminar este agotador día junto a su madre, que por momentos y en breves instantes le recuerda quién es...

–¡Ha escrito su hija! –susurró Teresa mientras buscaba el tensiómetro en la pequeña bolsa.

–¿Mi niña? –respondió Ángela.

–Sí, su hija, ¿quiere que lea la carta? –preguntó mientras tomaba su mano.

–¡Sí! Léemela.

Esta vez sí que tenía preparado algo. Sacó del bolso trasero del pantalón vaquero una servilleta del bar El Paso, donde había tomado un vino y un par de pinchos –un cojonudo de chorizo y otro de morcilla– a la hora del almuerzo. En ella improvisó unas letras que se acurrucaron en ese pequeño papel, formado un hermoso poema...



Dices tú que navegas y no remas,  
que caminas sin andar,  
que vuelas y no hay viento,  
que nadas y no hay mar.

Dices tú que amas tanto  
que no vives por amar,  
que es tu hija a la que amas,  
que de amor no morirás.

Dices que sueñas despierta  
y que despierta nunca estás,  
vuelves del mundo de los sueños  
cuando la musa en verso está.

Y es en verso como hablo  
y como me escuchas cantar,  
que dices que me quieres tanto  
y soy yo quién te quiere más.

–¿Te ha gustado mamá? –suspiró Teresa, con los ojos cerrados y encharcados en lágrimas.

–Es lo más hermoso que me has dicho nunca... *Mi niña.*

Fin...